

# Rubén Darío y el modernismo

Hemos recordado el centenario del fallecimiento del escritor nicaragüense, el mayor referente de una generación de poetas que irrumpió con fuerza a comienzos del siglo XX, enriqueciendo el idioma y renovando la poesía latinoamericana.

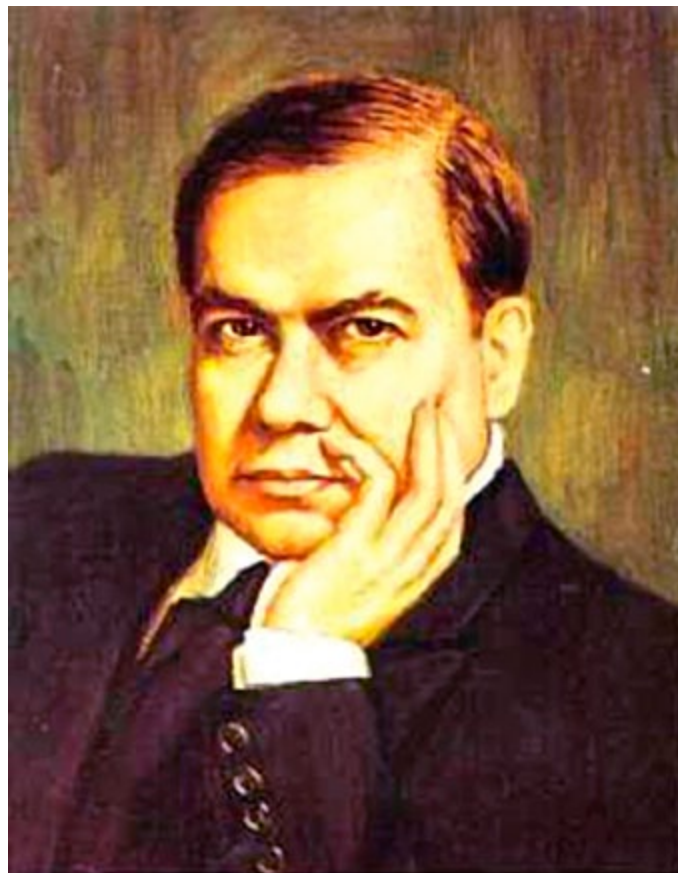
Eduardo Guerrero del Río

*Doctor en Literatura*

**D**os bisnietos de Rubén Darío participaron en Santiago, en febrero de este año, en diversas ceremonias celebradas con motivo del centenario de la muerte del poeta. Entre ellas, en la colocación de una ofrenda floral ante su estatua en el Parque Forestal. Por lo mismo, el jueves 31 de marzo a media tarde dirigí mis pasos hacia ese lugar, tanto para conocer dicho monumento como para “inspirarme” en el silencio de la tarde santiaguina (un silencio más interior que exterior), para escribir estas líneas. Caminando por este hermoso parque, ya en el inicio del otoño, visitado a esas horas por despistados extranjeros, jóvenes estudiantes y parejas de enamorados, a la altura de calle Merced me encontré con una fuente de agua, con múltiples palomas y algunas placas recordatorias del vate nicaragüense.

El nombre de Rubén Darío (Félix Rubén García Sarmiento) se asocia al llamado “Modernismo”, junto a otros escritores, como José Martí, Julián del Casal, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, José Asunción Silva. El propio Darío, en el año 1898, escribe: “El espíritu nuevo que hoy anima a un pequeño pero triunfante y soberbio grupo de escritores y poetas de la América española: el modernismo...”. En lo

específico, según su año de nacimiento, pertenecería a la llamada Generación de 1897, la cual, según el académico Cedomil Goic, “es la de los nacidos entre 1860 y 1874. Constituye la Segunda Generación Naturalista, que inicia su gestación histó-



rica desde 1890 a 1904 e impone su polémica vigencia entre 1905 y 1910. Estos límites definen ceñidamente lo que hemos determinado en otro lugar como la Ge-

neración Modernista. El Modernismo es así para nosotros la sensibilidad y el sistema de preferencias de una generación bien determinada”, siendo Darío, “epónimo de esta generación”. Por su parte, para Octavio Paz, “el modernismo fue una sintaxis, una prosodia, un vocabulario. Sus poetas enriquecieron el idioma con acarreo del francés y el inglés; abusaron de arcaísmos y neologismos, y fueron los primeros en emplear el lenguaje de la conversación”.

## DATOS BIOGRÁFICOS

Rubén Darío nació en Metapa, un pueblo de Nicaragua, el 18 de enero de 1867. Meses después de su nacimiento, el padre los abandona (“se daba el caso de que mi padre, Manuel García, era empedernido bebedor, jerguista y faldero”), por lo que su madre lo deja al cuidado de unos tíos. Después de la escuela primaria, estudia con los padres jesuitas, quienes “estimularon mi amor a la literatura y supieron apreciar mi don poético”. Este don (“estoy convencido de que nací con el don poético en la sangre”), en la práctica,

aparece a temprana edad ya que, a los 13 años de edad, en 1880, la revista juvenil *El Ensayo* publica sus primeros versos. Al poco tiempo, conoce a Rosario Murillo,

de quien se enamora perdidamente y con la cual, a través de los años, tendrá una relación bastante tormentosa. En 1886 comienza su andanza por diversos países, siendo su primera escala Chile, considerado su “primer gran viaje”. En nuestro país establece una amistad con Pedro Balmaceda, hijo del presidente (“A Balmaceda lo conocí recién llegado a Chile, y fue de los primeros corazones que me hicieron endulzar la ausencia de la patria nativa”) y, más importante aún, publica en 1888 su primer libro de trascendencia, *Azul*. El escritor Luis Orrego Luco efectúa la siguiente semblanza del poeta: “Era Rubén Darío un joven de aspecto adusto y taciturno, miraba vagamente hacia dentro como si quisiera hacer vida interior. Hablaba poco y raras veces decía cosas dignas de nota. Era tímido y orgulloso. Sabía que no era hombre de charlas ni de salón”.

En el famoso “Discurso al alimón”, de Federico García Lorca y Pablo Neruda, en Buenos Aires (1933), dedicado justamente al nicaragüense, menciona Neruda: “Lo traje a Chile una marea, el mar caliente del Norte, y lo dejó allí el mar, abandonado en costa dura y dentada, y el océano lo golpeaba con espumas y campanas, y el viento negro de Valparaíso lo llenaba de sal sonora. Hagamos esta noche su estatua con el aire, atravesada por el humo y la voz y por las circunstancias, y por la vida, como esta su poética magnífica, atravesada por sueños y sonidos”. Concluye: “Federico García Lorca, español, y yo, chileno, declinamos la responsabilidad de esta noche de camaradas, hacia esa gran sombra que cantó más altamente que nosotros”. Como se señaló, no para de viajar hasta su muerte, ocurrida el 6 de febrero de 1916. En su *Yo, Rubén Darío*, el investigador Ian Gibson asume la voz del poeta: “Yo me morí en la ciudad nicaragüense de León a las diez y dieciocho minutos de la noche del 6 de febrero de 1916, a consecuencia de una cirrosis atrófica del hígado. El alcohol — mi consuelo y mi peor enemigo desde hacía décadas— se había salido con la suya. Acababa de cumplir los cuarenta y nueve años y era el poeta más famoso del mundo hispánico y (no creo que sea inmodestia) el más querido”.



## AZUL

En 1888, con la publicación de *Azul*, inicia Darío “oficialmente” el Movimiento Modernista. Para Darío, “El *Azul...* es un libro parnasiano y, por lo tanto, francés. En él aparecen por primera vez en nuestra lengua el ‘cuento’ parisiense, la adjetivación francesa, el giro galo injertado en el párrafo clásico castellano”. Está compuesto por cuentos y poemas. De entre los cuentos, destacamos “El velo de la reina Mab” (“Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre”), en el cual —para Marco Antonio Rodríguez Murillo— “la miseria de los poetas (causada por la modernidad) se opone al velo azul de la reina”; “El palacio del sol” (“Un minuto en el palacio del sol deja en los cuerpos y en las almas años de fuego, niña mía”); “El pájaro azul” (“Sí, dentro de la jaula de mi cerebro está preso un pájaro azul que quiere su libertad...”), en donde “el oficio poético de Garcín contrasta con el rechazo de su padre, quien es un comerciante burgués” (Rodríguez Murillo). De sus poemas, “Autumnal” (“Una vez sentí el ansia/ de una sed infinita”), “Invernal” (“¡Ah, por verla encarnada,/ por gozar sus caricias,/ por sentir en mis labios/ los besos de su amor diera la vida!”), “Pensamiento de otoño” (“Un cántico de amores/ brota mi pecho ardiente/ que eterno Abril fecundo/ de juventud florece”). Para Octavio Paz, “en su tiempo *Azul...* fue un libro profético; hoy es una reliquia histórica”.

## CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

De 1905 es *Cantos de vida y esperanza*, libro que constituye el primer testimonio de la crisis esteticista y en el cual alude a las dos creaciones anteriormente publicadas (*Azul* y *Prosas profanas*): “Yo soy aquel que ayer no más decía/ el verso azul y la canción profana,/ en cuya noche un ruiseñor había/ que era alondra de luz por la mañana”. Esta especie de autobiografía rimada a su vez es, para Paz, defensa (y elegía) de su juventud: “¿fue juventud la mía?”; exaltación y crítica de su estética: “la torre de marfil tentó mi anhelo”; revelación del conflicto que lo di-

vide y afirmación de su destino de poeta: “hambre de espacio y sed de cielo”. Del resto del poemario, destacamos “Marcha triunfal” (“¡Ya viene el cortejo!/ ¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines./ La espada se anuncia con vivo reflejo,/ ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines”), “Canción de otoño en primavera” (“Juventud, divino tesoro,/ ¡ya te vas para no volver!/ Cuando quiero llorar, no lloro.../ Y a veces lloro sin querer...”); “Líbranos, Señor...” (“El verso sutil que pasa o se posa/ sobre la mujer o sobre la rosa,/ beso puede ser, o ser mariposa”). Y, el último de ellos, “Lo fatal”. En este caso, ya el título del poema es indicio de una actitud negativa y pesimista. Comienza su poema Darío estableciendo una comparación: por un lado, lo no humano (árbol que no siente, piedra dura); por otro, lo humano (la conciencia vital de estar vivos). La angustia del poeta se manifiesta en su “dolor de servivo”, en su capacidad de sentir este dolor; por eso, para él, lo que no representa esta capacidad, es decir, lo no humano, es sinónimo de dicha. A continuación, reflexiona sobre el ser del hombre en el mundo, el sufrimiento, las limitaciones del hombre y, fundamentalmente, la presencia de la muerte (“espanto seguro”). Frente a esta seguridad está la incertidumbre del hombre sobre su origen y su destino. En palabras de Darío, “cerré el libro con ‘Lo fatal’, tal vez, de todas mis poesías, la que con más fuerza expresaba mi apego a la vida de los sentidos... y mi horror ante la muerte”.

## OTROS POEMARIOS

Del resto de su producción, resaltan títulos como *Prosas profanas* (1896), *El canto errante* (1907), *Poema del otoño y otros poemas* (1910), *Canto a la Argentina* (1910), entre otros. Comentaremos brevemente dos de ellos. Con *Prosas profanas*, el poeta evidencia una inusitada madurez y una deslumbrante gama de tonalidades líricas. Uno de sus poemas más renombrados es “Sonatina”: “La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?/ Los suspiros se escapan de su boca de fresa,/ que ha perdido la risa, que ha perdido

el color./ La princesa está pálida en su silla de oro./ está mudo el teclado de su clave sonoro; y en un vaso olvidada se desmaya una flor”. En términos generales, llaman la atención el placer y el erotismo; por su parte, José Olivio Jiménez habla de diversas tensiones semántico-estéticas: “1) Recreaciones del ambiente versallesco y rococó de la Francia de los Luises. 2) El erotismo, en múltiples niveles. 3) La presencia u obsesión de la muerte. 4) La actitud reflexiva, que lleva, de una parte, a indagar en los enigmas del Ser y de la realidad universal. 5) Esa misma disposición reflexiva orientada en dirección metapoética, o sea, la voluntad de meditar sobre la poesía y el poetizar”. Finalmente, de *Poema del otoño y otros poemas*, destacamos “Poema del otoño” (“Y, no obstante, la vida es bella,/ por poseer/ la perla, la rosa, la estrella/ y la mujer”) y “A Margarita Debayle” (“Margarita, está linda la mar,/ y el viento/ lleva esencia sutil de azahar;/ yo siento/ en el alma una alondra cantar:/ tu acento./ Margarita, te voy a contar/ un cuento”). Para Darío, “entretanto había salido en Madrid una pequeña colección de versos míos, *Poema del otoño y otros poemas*, que recogía mi nostalgia al constatar que había traspasado ya el umbral de los cuarenta años y, al mismo tiempo, afirmaba mi empeño en seguir gozando de la vida”.

En síntesis, el poeta nicaragüense Rubén Darío es el gran renovador de la poesía latinoamericana, en la que desempeñó un papel histórico. Por eso, las palabras de Pedro Henríquez Ureña tienen una validez incuestionable: “De cualquier poema escrito en español puede decirse con precisión si se escribió antes o después de él”.

Darío demostró su genio poético en el profundo conocimiento y aplicación de diversas técnicas. Al hacer hincapié en la autonomía de la obra literaria estaba permitiendo que la poesía contemporánea generara corrientes expresivas y movimientos estéticos de una originalidad y fuerza creadora insospechadas. Así, a cien años de su muerte, nuestro homenaje y reconocimiento. Nuestra propia ofrenda floral, metafóricamente hablando, en la fuente de agua del Parque Forestal. **MSJ**